Construir paz en un mundo fragmentado

JORDI ARMADANS

En mayo de 1985, el presidente norteamericano, Ronald Reagan, visitaba España en un contexto muy especial. El Gobierno de Felipe González, pese a haber cambiado radicalmente de postura en referencia a la OTAN, había convocado un referéndum para el año siguiente para consultar la ciudadanía sobre la permanencia, o no, de España en la Alianza Atlántica. A pesar de que el Gobierno apostaba por la permanencia, en Estados Unidos había nerviosismo por si el referéndum podía conllevar un rechazo popular, y por lo tanto una desautorización a la OTAN. Reagan se reunió con González para defender las bases militares norteamericanas en suelo español y garantizar que España no se fuera de la OTAN. En la calle, numerosas manifestaciones muy variadas mostraban su rechazo a la visita de Reagan y a la OTAN. En 2025, y pese al aparente consenso y éxito de la Cumbre de la OTAN en La Haya, el presidente norteamericano, Donald Trump, ha desdeñado varias veces la Alianza Atlántica –incluso amenazando de retirarse de ella– y muestra su buena sintonía con el presidente ruso, Vladimir Putin, enemigo declarado de la misma.

En 1985, la Ley de Objeción de Conciencia acababa de ser aprobada, varios jóvenes se declaraban objetores de conciencia, aunque una amplia mayoría apostaba por realizar el servicio militar obligatorio. Con el tiempo las cosas fueron cambiando, la objeción fue creciendo, la insumisión apareció y en 1996, el servicio militar obligatorio decayó en medio de una gran desafección social. Hoy, si se pregunta a los jóvenes de un instituto sobre la mili o la objeción, la reacción más habitual es no entender de qué se habla.

Son solo dos ejemplos, puntuales y casi anecdóticos, pero que nos muestran el enorme cambio vivido en estos cuarenta años por lo que respecta a las cuestiones de la paz y el militarismo, tanto a nivel local como internacional.

Pero vayamos por partes.

En 1985 nos encontrábamos en el fin de la Guerra Fría, el período de enfrentamiento entre dos grandes superpotencias, los Estados Unidos (EUA) y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) con sus respectivas áreas de influencia. La Guerra Fría era un choque de poder y, también, un choque ideológico. Lewis Gaddis destaca que la Guerra Fría «fue una confrontación global sin precedentes, pero también una estabilidad paradójica gracias al equilibrio de terror».[1] Ciertamente, aunque no debería caerse en el error de idealizar ese "equilibrio". En primer lugar, porque la confrontación –de dos potencias nucleares– no alcanzó el punto de no retorno, pero ese escenario no fue algo impensable o imposible. Desde 1945, varios incidentes han estado a punto de desencadenar una guerra nuclear por errores, falsas alarmas o desinformación.[2] En segundo lugar, porque las dos superpotencias externalizaron muchos de sus enfrentamientos en terceros países, delegando –mediante apoyo activo con armas, dinero y formación– en actores, gobiernos y facciones locales en numerosas partes del planeta. Muchas de estas guerras, Corea, Vietnam o Afganistán por citar solo algunos ejemplos, ofrecen un balance estremecedor, con millones de muertes. Lo cierto es que la Guerra Fría, si miramos todo el campo no solo la parte central, no fue tan fría.

Si hoy preguntamos a jóvenes de un instituto sobre la mili o la objeción, la reacción más habitual es no entender de qué se habla

Con el desmoronamiento de la URSS, el apogeo de Estados Unidos –con una cierta percepción de victoria del proyecto democrático liberal y de libre mercado (recordemos a Fukuyama y su teoría del fin de la historia),[3] unas Naciones Unidas, y, particularmente su Consejo de Seguridad menos bloqueadas, más dinámicas y activas, se inicia un período con grandes expectativas y también una evolución hacia un modelo unipolar, centrado en el liderazgo de Estados Unidos.

En la década de los noventa, Estados Unidos promovió la globalización económica, asumió un cierto rol de gendarme global –en defensa formal de la libertad, aunque, en realidad, siempre mirando sus intereses y prioridades– por las que intervino en varios conflictos armados.

---

[1] John Lewis Gaddis, *The Cold War: A New History*, Penguin Press, Nueva York, 2005.

[2] Shelley Marshall, Alexandra Toma, «The close calls: How false alarms triggered fears of nuclear war», entrada en la web de Council for a Livable World, 23 de mayo de 2012. https://livableworld.org/the-close-calls-how-false-alarms-triggered-fears-of-nuclear-war/

[3] Francis Fukuyama, «The end of history?», *The National Interest*, verano de 1989. https://tr.uow.edu.au/uow/file/c1e8a018-b551-452a-94c1-f681ed92a4c5/1/fukuyama-1989-1-18.pdf

Y, hoy, asistimos a la recomposición de un sistema multipolar fragmentado, con enormes tensiones, con un Occidente debilitado, unos Estados Unidos que sufre al constatar su poder menguante, una China que pugna por encontrar su espacio[4] y acomodo en el sistema internacional –forzando el cambio de sus estructuras y mecanismos si es preciso–, una Rusia que, pese a ser evidentemente una potencia menor, no quiere renunciar a su pasado y sueño imperial, un Sur global que, con diferentes proyectos y dimensiones, quiere emerger, son algunos de los rasgos que conforman el presente. Como apuntaba Ian Bremmer, «vivimos en un mundo G-Zero, sin un liderazgo global coherente».[5]

La paradoja es que, cuando algunos de los retos más acuciantes –nuevas y viejas guerras, emergencia climática, crisis sociales y económicas, retos humanitarios, etc.– precisarían de una mayor cooperación, puesta en común y multilateralidad por parte de los países para poder hacerles frente con mayores garantías, más fragmentado y descoordinado está el mundo y más perdido en guerras fratricidas. Pero los retos, están ahí, necesitan respuestas y ser afrontados. Como nos recuerda Amin Maalouf, más allá de la intensidad de las disputas, nos equivocaríamos si creyéramos que la humanidad tiene que tener, por fuerza, una potencia hegemónica dominante, y que esta es la solución que precisamos.[6]

Guerras que cambian, impacto humano que se amplía

La guerra como enfrentamiento de fuerzas regulares entre dos, o más, estados se ha transformado profundamente. Ya en la segunda mitad del siglo XX muchos conflictos se caracterizaban por enfrentamientos entre grupos y sectores dentro de un mismo Estado.

Con la caída del muro de Berlín en 1989 y la disolución de la Unión Soviética en 1991, esa tendencia se consolidó y amplió. Tensiones y confrontaciones que habían quedado sepultadas por el esquema ideológico de la Guerra Fría, se liberaron. El fin de la Guerra Fría redujo las guerras entre países, pero produjo una oleada de conflictos interestatales, guerras civiles y conflictos por disputas identi-

[4] Para un interesante análisis sobre la fuerza emergente de China y su voluntad de liderazgo global, ver José María Beneyto, *¿Guerra o paz? China, Estados Unidos y Europa*, Ediciones Deusto, Barcelona, 2024.
[5] Ian Bremmer, *Every nation for itself: winners and losers in a G-Zero world,* Portfolio/Penguin, Nueva York, 2012.
[6] Amin Maalouf, *El laberint dels extraviats. Occident i els seus adversaris*, Alianza Editorial, Madrid, 2024.

tarias, étnicas y religiosas. Las guerras de los Balcanes (1991-1999) y sus atroces crímenes (matanzas, limpieza étnica, violencia sexual contra las mujeres como estrategia de guerra, etc.) y en África, el genocidio de Ruanda (1994), además de las guerras civiles en Sierra Leone y Liberia, impactaron en la conciencia global y evidenciaron que la creencia que con el fin de la Guerra Fría se desvanecía el horror de la guerra era una falsa impresión. Por lo demás, una comunidad internacional no muy interesada –ni muy conocedora– de ciertas regiones del planeta que sufrían estos conflictos y, en cualquier caso, poco preparada y mentalizada para abordar la lógica e impacto de estos nuevos conflictos, se vio superada, con estrategias cambiantes y erróneas.

Los atentados de Al Qaeda en Estados Unidos en septiembre de 2001 supusieron un traumático cambio, en muchos aspectos, del siglo que empezaba. Un nuevo terrorismo de matriz yihadista, pero con clara vocación global hizo acto de presencia, con atentados brutales, de mucho impacto, tanto en el Sur global como, y eso era resultaba bastante novedoso, en los centros de poder político y económico de Occidente. Al Qaeda y, después, ISIS, además, mostraron su gran orientación y capacidad para generar impacto mediático, así como saber utilizar el ámbito digital como fuente de impacto y de reclutamiento.

EEUU impulsó, e impuso, la lógica de la «guerra contra el terrorismo» por las que pretendía erradicar, militarmente, fenómenos con causas, factores y contextos muy complejos. Bajo la bandera de erradicar el terrorismo y promover la democracia, guerras como las de Afganistán o Irak, se convirtieron en conflictos largos, exacerbando tensiones internas y, a copia de numerosos actos vandálicos y crueles, que constituían crímenes de guerra, acabaron perdiendo la legitimidad ante algunos sectores sociales que habían visto inicialmente bien sus intervenciones.[7] En definitiva, unas guerras largas, con un alto coste económico y un gravísimo impacto en vidas humanas y con un resultado, a menudo, que ponía en entredicho toda la operación. Como cuando, en Afganistán, después de una guerra que se alargó dos décadas, EEUU se fue del país, devolviendo el poder a los talibanes.

En Siria, la revuelta ciudadana azuzada por la primavera árabe fue sofocada con una durísima represión por el régimen. La activación de diversos intereses regionales (Irán, Arabia Saudí, Turquía, etc.) y globales (Rusia y Estados Unidos) ter-

[7] Resulta interesante y demoledor, en este sentido, el texto de Jeremy Scahill, *Guerras sucias*, Paidós, Barcelona, 2013.

minó por envenenar el conflicto, con la presencia de una enorme variedad de grupos armados con lealtades cambiantes, y provocó un saldo humano, de muerte y desplazamiento, devastador.

En los últimos años, hemos visto formatos de guerra con formas híbridas, en que las que el uso de sistemas de armas convencionales se combina con ataques cibernéticos o desinformación a gran escala.

La tensión entre EEUU y Rusia de la última década ha merecido por parte de algunos analistas el calificativo de «Nueva Guerra Fría». Siendo cierto que la tensión EEUU/Europa con Rusia ha llegado a momentos críticos últimamente, incluso con veladas amenazas de usar armas nucleares, lo que nos retrotrae a épocas pasadas, también lo es que en la actualidad la máxima pugna por el podio de superpotencia se lo disputa EEUU con China, no con Rusia. Además, a diferencia de la Guerra Fría, y pese a algunas propuestas de generar instituciones, mecanismos y marcos económicos al margen del sistema occidental, lo cierto es que las principales economías se hallan considerablemente integradas. Finalmente, la elección de Trump en Estados Unidos, con su cercanía a Putin, el que debería ser su máximo opositor según el esquema, obliga a matizar la visión de la nueva guerra fría.

Después de unos años de descenso, a principios del siglo XXI, el número de guerras ha vuelto a crecer

La población civil como principal víctima de las guerras actuales. Después de unos años de descenso, a principios del siglo XXI, el número de guerras ha vuelto a crecer. Los indicadores de diversos organismos dedicados al análisis de conflictos, sin compartir necesariamente la definición exacta de conflicto armado y la metodología de análisis, coinciden claramente en esta tendencia.[8]

El cambio operado en los conflictos armados, que antes hemos esbozado, ha resultado letal para la protección de la población civil.

Hablamos, mayoritariamente, de conflictos dentro de una misma frontera, enfrentando a una gran variedad de actores armados, en los que muchos de sus com-

[8] Para análisis sobre conflictos y tendencias pueden consultarse: Siri Aas Rustad, *Conflict Trends: A Global Overview, 1946–2023,* Oslo: Peace Research Institute Oslo, 2024; *Conflict Index 2024*, ACLED, 2024; Escola de Cultura de Pau (ECP), *Alerta 2024! Informe sobre conflictes, drets humans i construcció de pau*, ECP/Icaria Editorial, Barcelona, 2024.

batientes se mueven e interactúan en entornos poblados, confundiéndose con la población civil. Por su capacidad, por la tipología de sus miembros, por sus capacidades económicas y logísticas, muchos de estos grupos no pueden permitirse adquisiciones de grandes armas convencionales, con lo que operan fundamentalmente con armas cortas y ligeras. La lógica de estos grupos –además de su tamaño y capacidad real– no presupone, muchas veces, la pretensión de ganar la guerra, sino de dominar una parte de la ciudad, región o zona, operar desde allí y hostigar tanto como se pueda a la contraparte enemiga. Generar terror en la otra población, con la voluntad de conseguir su huida –completando, así, un proceso de limpieza étnica– o su deslealtad o deserción respecto a su grupo armado puede ser un objetivo en sí mismo.

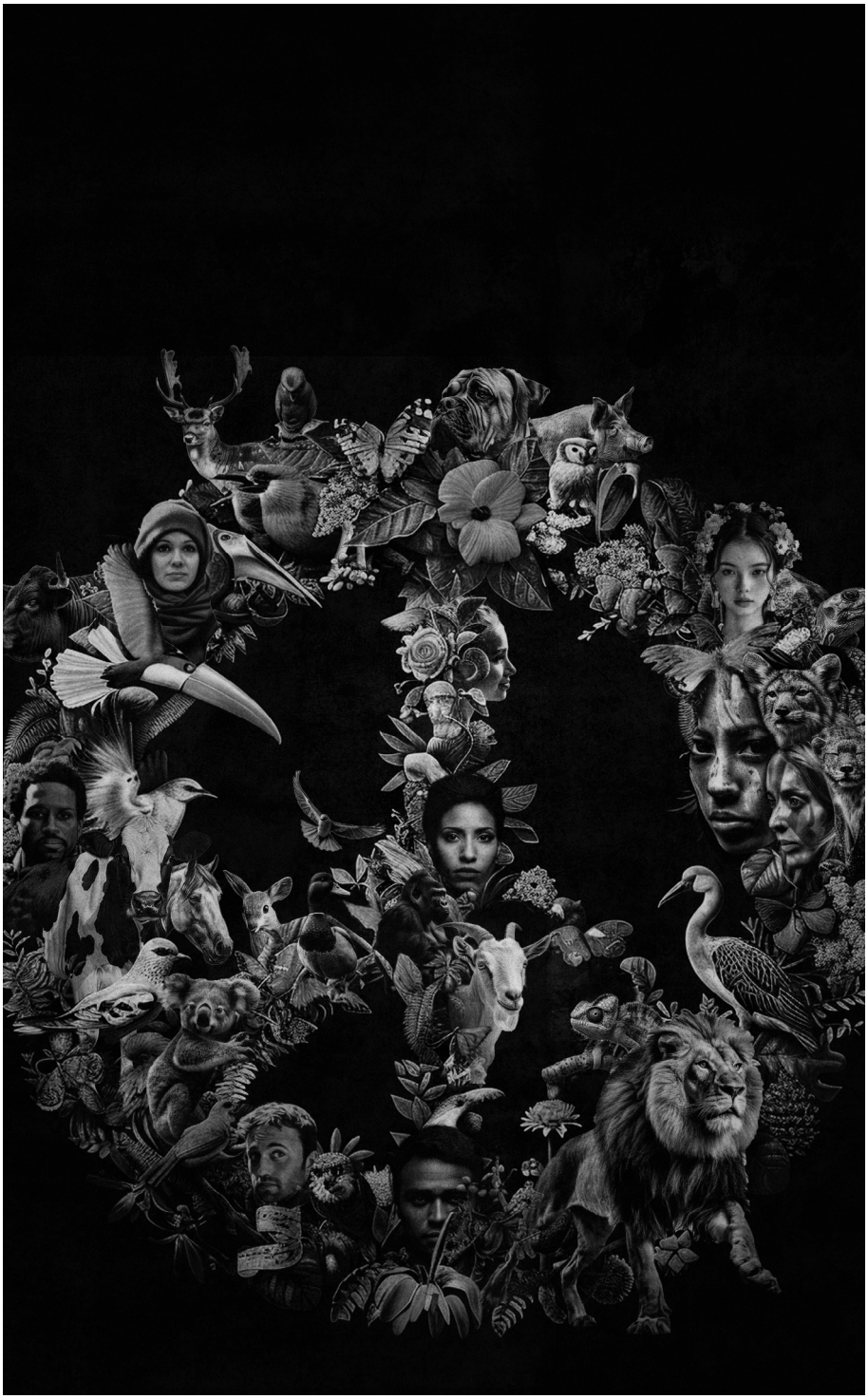
Algunas prácticas brutales, muy comunes en los últimos conflictos (asedios, limitación de suministros, bombardeos en zonas pobladas, el hambre como estrategia de guerra, etc.), producen un enorme miedo y terror en la población afectada. Y es que como apuntaba Mary Kaldor, en muchos de los conflictos recientes se pretende, mediante «técnicas de desestabilización, sembrar el miedo y el odio».[9]

A todo ello, cómo no, también ha contribuido la irresponsable actitud de potencias y gobiernos desatendiendo sus obligaciones con el Derecho Internacional Humanitario, solo reclamando su respeto como arma arrojadiza contra los adversarios, pero nunca para marcar su propia actuación, o la de sus aliados, en guerras y conflictos. Buena prueba de ello es la gran hipocresía y doble rasero que Estados Unidos, Rusia, China y Europa practican en relación a las sentencias o investigaciones abiertas por el Tribunal Penal Internacional (TPI).

El desplazamiento forzado constituye un alarmante y gravísimo problema que la comunidad internacional no está afrontando

No es de extrañar, por lo tanto, que con esa evolución de los conflictos se haya disparado el número de personas que huyen de las guerras. Lo podemos constatar, dramáticamente, haciendo un repaso a los informes anuales que elabora la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR). En las décadas de los ochenta, noventa y 2000, las cifras de personas refugiadas y desplazadas fueron subiendo progresivamente pero siempre sin incrementos bruscos. Y si en 2004 hablamos

[9] Mary Kaldor, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Tusquets, Barcelona, 2001.



de alrededor de 39 millones de personas desplazadas y refugiadas, diez años más tarde, en 2014, el crecimiento es espectacular: 59,5 millones. Otros diez años más tarde, en 2024, las cifras son de vértigo: 123,2 millones. Sin duda, constituye un alarmante y gravísimo problema que la comunidad internacional no está afrontando. Parece que se ignore la bomba de relojería que esa situación de desesperación, falta de esperanzas, sensación de abandono, etc. genera en tantos millones de personas, especialmente en jóvenes.[10]

Militarismo y armamentismo

Durante la Guerra Fría, la carrera armamentística llegó a su máximo y la militarización de la política de seguridad y defensa era absolutamente incuestionada. Con el fin de ese período, se abrieron nuevas posibilidades y planteamientos que habían estado en los márgenes –como la crítica a una concepción de defensa fundamentada total o principalmente en la vertiente militar– pasaron a ser más socializadas, escuchadas y reconocidas. Durante la década de los noventa, la perspectiva de la «seguridad humana» que incorporaba muchas más dimensiones –social, económica, cultural, medioambiental– más allá de la militar en la definición y el desarrollo de las políticas de seguridad emergió tanto desde el sistema de Naciones Unidas como en ámbitos académicos y foros diplomáticos. Más allá del éxito del término, la visión que reclamaba ampliar la concepción de la seguridad fue ampliamente asumida.

También, analistas de relaciones internacionales, economistas y políticos hablaron del «dividendo de la paz», pensando en la cantidad de recursos económicos públicos que se podrían liberar con el fin de la Guerra Fría y lo que podría suponer en términos de inversión en otros aspectos de la política pública.

Sin embargo, todas estas perspectivas y horizontes en clave de paz no terminaron nunca de concretarse.

Por un lado, el gasto militar bajó durante la primera década de los noventa, pero a partir del siglo XXI volvió a subir e inició una senda alcista hasta alcanzar cifras inéditas en décadas. Según los datos del SIPRI, el gasto miliar mundial en 2024 fue de 2,7 billones de dólares, lo que representa un incremento del 9,4% en tér-

[10] ACNUR, *Tendencias globales de desplazamiento forzado*, Ginebra, 2025 (y consulta de informes para los anteriores años citados).

minos reales respecto al año 2023 y una cifra récord no conocida desde el final de la Guerra Fría.[11] Por cierto, algo que en el actual contexto de rearme y militarización habría que plantear y plantearse: si en 25 años de crecimiento del gasto militar, tenemos un mundo con más conflictos armados y más impactos humanitarios sobre la población civil, ¿seguro que incrementar aún más el gasto militar es la solución si se pretende un mundo más pacífico, justo y estable?

En lo que respecta a las políticas de seguridad, durante años estuvimos en una especie de disociación entre los planteamientos y conceptos, por un lado, y las prácticas y las políticas, por el otro. Si bien a nivel conceptual ganaba terreno una seguridad entendida en clave multidimensional –hecho incluso reconocido en varios documentos por la misma OTAN– en la práctica la orientación militar continuaba siendo la prioritaria y referencial. En cualquier caso, esa disociación se terminó contundentemente con la guerra de Ucrania. A partir de ahí el discurso y la práctica dominante por lo que respecta a la seguridad y la defensa en Europa, el conjunto de Occidente y en general en todo el mundo, es el del rearme, la militarización, la necesidad de invertir más y más en defensa, y el discurso de que necesitamos instrumentos militares fuertes y renovados.

Los planes de rearme presagian claramente un ciclo de militarización y armamentismo para los próximos años en todo el mundo

Los planes de rearme en muchos países, especialmente en el entorno europeo, las inversiones prometidas a nivel de gasto militar por los distintos estados miembros de la OTAN, los anunciados desarrollos y modernizaciones de los arsenales por parte de les patencias nucleares, y la aplicación de los avances tecnológicos en los sistemas de armas (inteligencia artificial, robots autónomos, drones militares, etc.) presagian claramente un ciclo de militarización y armamentismo para los próximos años en todo el mundo.

Creación de condiciones de paz

Precisamente, a raíz del fin de la Guerra Fría, un impulso dinamizador y renovador se impuso en las Naciones Unidas y la comunidad internacional. El secretario ge-

[11] SIPRI «Unprecedented rise in global military expenditure as European and Middle East spending surges», 28 de abril de 2025. https://www.sipri.org/media/pressrelease/2025/unprecedented-rise-global-military-expenditure-european-and-middle-east-spending-surges

neral de las Naciones Unidas, Boutros Boutros-Ghali, elaboró la Agenda por la Paz que situaba varias perspectivas nuevas en torno a la construcción de paz, con perspectivas e instrumentos dirigidos a la prevención, el mantenimiento de la paz y la reconstrucción posconflicto. Más adelante, el impulso de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) en el año 2000 y, especialmente, los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) en el año 2015 integraban de forma clara las opciones de paz con el desarrollo, la justicia social y la protección del medio ambiente.

La consolidación de una justicia internacional que pudiera evitar la impunidad de genocidios y crímenes de guerra, como la creación del TPI fueron, también, un elemento más en ese escenario de avances.

También, evidentemente, el reverso de los conflictos armados: los procesos de paz que terminaron con conflictos de décadas, que se llevaron muchísimas vidas por delante y, pese a la precariedad y fragilidad, sentaron las bases para una nueva convivencia. Es el caso, por citar tres ejemplos paradigmáticos, del acuerdo en Sudáfrica para poner fin al *apartheid* y llevar el país a la democracia, con una Comisión de la Verdad que fue referente para otros procesos de reconciliación; el Acuerdo de Viernes Santo sobre Irlanda del Norte (1998) o el Acuerdo de Paz de Colombia (2016).

Activismo por la paz y el desarme

Si valoramos estos cuarenta años en clave de paz no podemos dejar de hacer un repaso rápido al activismo por la paz y el desarme.[12]

Un movimiento que habría crecido durante la Guerra Fría, con su denuncia de la carrera armamentística nuclear y la lógica, suicida, de bloques, quedó algo trastocado con su fin y su discurso pareció inicialmente desubicado. También la evolución de la crisis en los Balcanes, donde la población civil fue atacada sin piedad, hizo que alguna gente cercana al movimiento por la paz reclamara una intervención militar en clave humanitaria, cosa que sucedió en Kosovo por parte de la OTAN, abriendo gritas en el discurso y la cohesión del movimiento.

[12] Para profundizar un poco más en todo ello, Jordi Armadans «Movimiento por la paz: evolución, cambio e impactos», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, núm. 109, 2009.

Sin embargo, el movimiento estaba activo y abriendo otros frentes.

En 1999, de la mano de cuatro redes internacionales se celebró en La Haya una gran Conferencia que juntó a 10 000 activistas de paz y puso los cimientos de su nueva hoja de ruta, la Agenda de La Haya por la Paz y la Justicia en el siglo XXI, un documento[13] que mostraba la capacitad analítica y de renovación del movimiento y que representaba la salida del túnel post Guerra Fría.

En este ámbito hay que mencionar la conexión entre la paz y el movimiento antiglobalización. A raíz de la experiencia del Foro Social Mundial (FSM) se impulsó una convocatoria de protesta global por la que en muchas ciudades y países se realizaron manifestaciones contra la guerra de Irak.

Pero quizá el elemento más destacado y que más incidencia ha tenido en el sistema internacional es la dinámica que se inició con la Campaña por la Prohibición de las Minas antipersona[14] (ICBL, por sus siglas en inglés), red que recibiría el Premio Nobel de la Paz en 1997. Junto con organizaciones humanitarias, de desarrollo y de derechos humanos, una parte del pacifismo –podríamos decir, la más gradualista y pragmática– se implicó en el primer proyecto de una larga lista de éxitos en lo que sería la perspectiva del «desarme humanitario», que implicaba más que desarrollar análisis sesudos sobre geopolítica, denunciar el impacto humanitario de las armas; más que hacer grandes proclamas de consecución improbable, canalizar los esfuerzos a conseguir pequeñas victorias, pequeños pasos hacia los grandes objetivos. Así fue, contra todo pronóstico, en 1997, cuando se firmó el Tratado de Ottawa, por el que se prohibían las minas antipersona, que puede ser visto como el primer tratado internacional, en el ámbito de la paz y el desarme, conseguido por la presión y movilización de la sociedad civil organizada a nivel mundial. Ese camino fue frutífero y ha seguido hasta nuestros días: la campaña *Cluster Munition Coalition (CMC)* propuso la pro-

En el siglo XXI, una parte del pacifismo se implicó, junto a organizaciones diversas, en el activismo del «desarme humanitario», que ha cosechado muchos éxitos

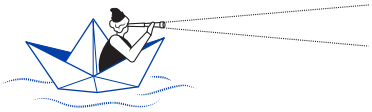
[13] *The Hague Agenda for Peace and Justice for the 21st Century*, entrada web en Uniting for Peace, s/f. https://unitingforpeace.com/resources/important-documents/the-hague-agenda-for-peace-and-justice-for-the-21st-century/ ; también en: https://www.peace-ed-campaign.org/wp-content/uploads/2014/08/HagueAgenda-Peace-Justice4The21stCentury.pdf

[14] Para saber más sobre la ICBL y su campaña para prohibir las minas, S. Gosse, M. Wareham y J. Williams (ed), *Banning landmines: disarmament, citizen diplomacy and human security*, Rowman Littlefield, 2008.

hibición de las bombas racimo, algo que consiguió con la Convención sobre Municiones en Racimo, que fue adoptada en 2008, mientras que la Campaña *Control Arms* consiguió, después de dos décadas de trabajo, la aprobación en 2014 del Tratado sobre el Comercio de Armas (TCA), primera norma internacional que regulaba y restringía la compra-venta de armas.[15] Finalmente, en 2017, la Campaña ICAN –receptora del Premio Nobel de la Paz en 2017– consiguió la adopción del Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares (TPAN),[16] pese al boicot de las potencias nucleares y la resistencia de organismos como la OTAN.

Pese al panorama sombrío que enfrentamos, estas consecuciones del movimiento por la paz deben alentarnos a seguir generando y favoreciendo condiciones de paz y justicia en este mundo.

Jordi Armadans Gil es politólogo, periodista y analista de paz y conflictos.



[15] Para profundizar sobre el TCA, Jordi Armadans, «El Tratado sobre el Comercio de Armas (TCA) ya es una realidad», *Tiempo de Paz*, núm. 108, 2013.

[16] Para conocer más a fondo el TPAN y lo conseguido, Alianza por el Desarme Nuclear (ADN), *Avanzando hacia el desarme nuclear*, 2024. https://fundipau.org/wp-content/uploads/Argumentario-TPAN-Alianza-Desarme-Nuclear_def.pdf